

Franz & Albert
Mario Diament

CELCIT. Dramática Latinoamericana 496

FRANZ & ALBERT

Mario Diament (Argentina)

PERSONAJES:

Franz Kafka, 28 años

Albert Einstein, 32 años

*La acción tiene lugar en el balcón de la casa de Berta Fanta,
en Praga, en un día de marzo de 1911.*

"Einstein and Kafka! They knew each other! They stood in the same room
and talked! Kafka and Einstein!"

*("¡Einstein y Kafka! ¡Se conocían! ¡Se encontraron en una misma
habitación y conversaron! ¡Kafka y Einstein!")*

Don de Lillio, *Ratner's Star*

When Kafka met Einstein

*You listened with your wolf-like ears,
in background, like always, while he
harangued his devotees with bewildering
concepts of space and time and motion.*

*You were no stranger to bewilderment
alone at night in your room, gazing down
on the ant-like citizens of Prague who
scurried along labyrinthine corridors of*

*streets, with mythical figures of your
father ensconced below you in a deep armchair
like a throne; asleep, his forehead imprinted
with washable ink from the unread newspaper.*

*In the womb of this room you gestated
the alien bodies of your lovers: Felice, Julie, Milena...
exploring them and yourself in indelible letter
after letter, bridging chasms with mathematical*

*constructs of your imperturbable sentences.
Here too, you dreamed of Gregor Samsa:
a man of obsessive, mechanical habits who,
like yourself, spent his leisure hours on*

*imaginary journeys through railway timetables,
and who awoke to find that his body had
rebelled against him in the dark, leaving him
shamefully unable to catch his regular train to work.
Like Einstein, you transformed your conception
of the world by dreaming of the motions
of trains with accelerated speed of
light and you waved your bloodied handkerchief
to rows of absolutes left standing on the platform.*

James Knox Whittet

Acto único

En la oscuridad, se escuchan las últimas secuencias de la sonata para violín No. 21, K 304 de Mozart. Las luces se encienden gradualmente para revelar el elegante balcón terraza de la casa de Berta Fanta, que da sobre la Plaza de la Ciudad Vieja de Praga. Es el atardecer. Hay un diván contra la pared, una

mesa con dos sillas y plantas que adornan el perímetro. A un costado, una pequeña mesa con bebidas y copas.

FRANZ está sentado en el diván, visiblemente inquieto. Es un joven de 28 años, alto, delgado, con el rostro afilado y grandes orejas que le dan un aspecto de ratón. Mientras la música llega del salón, FRANZ se levanta y va hacia el balcón. Furtivamente escruta la plaza y cuando cree haber identificado lo que buscaba, se oculta rápidamente. Desde su escondite, se asoma una vez más y vuelve a ocultarse. La música termina. Siguen unos aplausos. FRANZ permanece detrás de la cortina, medio oculto en la penumbra.

Entra ALBERT. Es un hombre de 32 años, que viste un tanto desaliñadamente. Tiene una gran melena desordenada y bigotes. Sin advertir la presencia de FRANZ, avanza hasta el balcón, se reclina en la baranda, enciende su pipa, que aspira complacido y contempla admirado el espectáculo de la plaza.

FRANZ
(Se asoma desde detrás de la cortina y lo chista). ¡Pssst!

ALBERT
(Desconcertado, busca el origen del sonido).

FRANZ
¡Pssst! Aquí.

Ahora ALBERT lo ve. FRANZ le hace una señal de que se acerque. ALBERT va hacia él con curiosidad.

FRANZ
(Señala en dirección de la plaza). Hay un hombre con un sombrero verde ahí abajo. ¿Puede verlo?

ALBERT
(Se asoma al balcón). ¿Abajo, dónde?

FRANZ
En la plaza, cerca de la torre. Un tipo bajito, gordinflón, con anteojos oscuros y un sombrero verde. ¿Lo ve?

ALBERT

(Busca con la mirada). Hay mucha gente en la plaza y todos llevan sombrero.

FRANZ

Sí, sí, pero éste tiene un sombrero muy particular. Verde con una pluma. Y un saco a cuadros. No puede confundirlo.

ALBERT

(Mira a ambos lados). Disculpe, pero no veo a nadie así.

FRANZ ¿Está seguro?

ALBERT

Puede venir y fijarse.

FRANZ se asoma cautelosamente. Escruta la plaza.

FRANZ

¡Qué raro! Estaba ahí hace un momento, parado junto a la torre del reloj.

ALBERT

Pues debe haberse ido.

FRANZ

(Verifica.) Sí, por lo visto, se fue.

ALBERT

¿Quién era?

FRANZ

Ese es el asunto. No lo sé.

ALBERT

¿No lo conoce?

FRANZ

No sé quién es.

ALBERT

¿Y por qué le preocupa entonces?

FRANZ

No va a creerme, pero ese hombre estuvo ahí parado por más de una hora, mirando el balcón fijamente. No le quitaba la vista.

ALBERT
Será un curioso obsesivo.

FRANZ
No, no. Yo no creo en los curiosos obsesivos.

ALBERT
¿Qué cree que estaba haciendo?

FRANZ
Vigilar, obviamente.

ALBERT
¿Vigilando la casa?

FRANZ
No, vigilándome a mí.

ALBERT
¿Por qué está tan seguro?

FRANZ
Porque no es la primera vez que lo veo. En la última semana me lo topé un par de veces cuando cruzaba el puente de Carlos y en otra ocasión, lo vi merodeando cerca de la catedral de San Vito.

ALBERT
Bueno, Praga es una ciudad chica. Es factible tropezarse con alguien, por casualidad, más de una vez.

FRANZ
Sí, sí, pero estos encuentros no fueron ninguna casualidad.

ALBERT
¿Usted piensa que este hombre lo estaba siguiendo?

FRANZ
Sin ninguna duda.

ALBERT
¿Por qué?

FRANZ
No sé. ¿Hace falta una razón?

ALBERT

Bueno, debe haber alguna, ¿no le parece? La gente no se dedica a seguir a otra gente si no tiene alguna razón.

FRANZ

Créame, la razón, en estos tiempos que corren, es un raro privilegio. (*Repara en ALBERT.*) Pero, disculpe, ¿no era usted quien tocaba el violín?

ALBERT

Sí, era yo.

FRANZ

Es lo que pensé. (*Pausa*). ¿Qué era eso que tocaba?

ALBERT

Mozart. La sonata número 21.

FRANZ

¡Ah! Lo felicito. Fue una interpretación muy conmovedora.

ALBERT

Gracias. Mozart es mi favorito. Bach es muy cerebral para mi gusto y Beethoven me resulta demasiado intenso y personal. En cambio, la música de Mozart es de una pureza tal que parece que siempre hubiera estado presente en el universo.

FRANZ

Siento una gran envidia por la gente que puede tocar un instrumento. Yo disfruto la música, pero soy incapaz de reproducirla. Ni siquiera soy capaz de tararear una simple melodía infantil sin desafinar.

ALBERT

Yo soy incapaz de hacerme el nudo de la corbata.

FRANZ

¿Habla en serio?

ALBERT

Se lo aseguro. Cada vez que necesito ponerme una corbata tengo que pedirle a mi esposa que lo haga. Hay una vuelta ahí en la que me pierdo.

FRANZ

Bueno, no me parece que sean limitaciones comparables.

ALBERT

¿Por qué no? Todo es una cuestión de perspectiva. A mí me provoca una gran humillación no poder con un simple nudo. A usted, por lo visto, le pasa lo mismo cuando trata de tararear una melodía.

FRANZ

Yo, le aseguro, no necesito mucho para sentirme humillado.

ALBERT

(Interesado.) ¿Ah, no?

FRANZ

Tiene frente a usted un verdadero catálogo de humillaciones. *(Se acerca)*. Permítame presentarme. *(Le tiende la mano)*. Soy el doctor Franz Kafka.

ALBERT

Mucho gusto. Profesor Albert Einstein.

FRANZ

Encantado.

Ambos hacen una leve reverencia y se dan la mano formalmente.

ALBERT

¿Es doctor en medicina?

FRANZ

Abogado.

ALBERT

Ahí tiene otro ejemplo. Yo soy totalmente inútil con las leyes.

FRANZ

Créame, nadie entiende las leyes. Y los abogados menos que nadie.

Pausa.

FRANZ

Usted no es de aquí, ¿verdad?

ALBERT

No. Apenas llevo unos meses en Praga.

FRANZ

Porque no recuerdo haberlo visto antes en las tertulias de los martes.

ALBERT

Es mi primera vez. La señora Fanta se enteró de que tocaba el violín e insistió que viniera a hacerlo a su casa.

FRANZ

¿Es músico profesional?

ALBERT
Aficionado.

FRANZ
¿Y de qué se ocupa?

ALBERT
Enseño física teórica en la Universidad.

FRANZ
(*Cae*). ¡Ah!, ahora comprendo.

ALBERT
¿Qué es lo que comprende?

FRANZ
Usted es el famoso profesor del que todos hablan.

ALBERT
Estoy seguro que me confunde.

FRANZ
No, no, créame. Es de usted de quien hablan. La señora Fanta, en particular, revoloteaba de emoción como una gallina cuando usted confirmó que vendría. Según parece, ha descubierto usted algunos principios extraordinarios.
ALBERT (*Humilde*). Publiqué algunos trabajos que han despertado cierto interés en los medios científicos, eso es todo. (*Pausa*). ¿Y usted?

FRANZ
Yo no he descubierto nada.

ALBERT
Me refiero a qué hace.

FRANZ
Trabajo en el Instituto del Seguro contra Accidentes Laborales. Investigo las denuncias y calculo las compensaciones que le corresponden a los trabajadores industriales que han sufrido accidentes y luego escribo largos informes sobre la manera de evitarlos.

ALBERT
¿Y ha tenido éxito?

FRANZ
(*Sorprendido*). ¿Éxito?

ALBERT
En evitarlos.

FRANZ
No, por supuesto que no. Pero a la administración eso no le importa. Lo que les importa es que alguien escriba los informes. Cuanto más extensos y detallados, mejor. La caligrafía es importante. Y las ilustraciones. Tiene que haber muchas ilustraciones. Cuadros comparativos, diagramas, todo eso. Y yo los complazco. (*Breve pausa*). A veces dejo pequeñas pistas entre las páginas para constatar si los han leído.

ALBERT
¿Y?

FRANZ
Nunca lo hacen.

ALBERT
Me imagino que esa ocupación debe darle una visión un tanto sombría de la existencia.

FRANZ
No se equivoca. Aunque tengo que admitir que mi trabajo en el Instituto no hizo más que confirmar lo que ya sabía.

ALBERT
¿Y qué es eso?

FRANZ
Y es que la crueldad y la injusticia humanas superan la imaginación más frondosa. Hace un par de meses, sin ir más lejos, me tocó negociar el caso de un hombre a quien la polea de una máquina textil le había atrapado un brazo. La empresa se negaba a pagar alegando que el hombre estaba ebrio. Lo cual no era cierto. Las pruebas eran falsas lo mismo que algunos testimonios. Esto era evidente para todos menos para el juez. El juez falló a favor de la empresa. Tuve oportunidad de conocer a la familia. En especial, a la hija, Anna, que era la encargada de traerme los documentos que necesitaba para organizar la defensa. Una muchacha muy dulce, muy frágil. No debía tener más de 17 años. Terminó suicidándose.

ALBERT
¡Qué espanto!

FRANZ

Una verdadera tragedia. Como podrá imaginarse, todo ese episodio me descompuso al punto que pasé varios días con una fiebre altísima y sin poder levantarme de la cama.

ALBERT

Debería hacer algo para evitar que su trabajo lo afecte de esa manera.

FRANZ

¿Algo como qué?

ALBERT

No sé. Quizás cambiar de empleo.

FRANZ

No es que no lo haya pensado, pero ahí está la gran contradicción. Objetivamente, éste es el empleo ideal para mí.

ALBERT

¿Ah, sí? ¿Y por qué?

FRANZ

Trabajo de las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Eso me deja el resto del día para escribir.

ALBERT

(Interesado). ¿Es escritor?

FRANZ

Digamos que aspiro a serlo, aunque por el momento lo que escribo no me depare más que frustraciones.

ALBERT

¿Ha publicado algo?

FRANZ

No, nada. Max insiste en que lo haga, incluso se roba mis textos y los lleva a revistas literarias, pero no estoy listo todavía.

ALBERT

(Cae en la cuenta). ¿Max Brod?

FRANZ

Sí, Brod.

ALBERT

¡Claro! Justamente hace un momento me hablaba lleno de entusiasmo de un joven escritor a quien considera un genio. Obviamente se refería a usted.

FRANZ

Max suele ser muy desprendido con los adjetivos.

ALBERT

Pues no he visto que los derroche en otra gente. Más bien lo contrario. (*Muy interesado.*) ¿Y de qué escribe?

FRANZ

Escribo acerca de lo que veo, solo que la realidad, al pasar por mi mente, se transforma, se vuelve una extensión del sueño. Tengo sueños verdaderamente extraños.

ALBERT

¡Quién no los tiene!

FRANZ

Bueno, no conozco los suyos, pero los míos, créame, son francamente insólitos. La otra noche, por ejemplo, soñé que me despertaba convertido en un insecto.

ALBERT

¡Qué curioso! ¿Y qué clase de insecto era?

FRANZ

No sé. No podría describirlo con precisión. Un insecto bastante horrible, con muchas patas.

ALBERT

Y era usted.

FRANZ

Definitivamente.

ALBERT

Y el insecto lo sabía...

FRANZ

¿Qué cosa?

ALBERT

Que era usted.

FRANZ

Bueno, el insecto y yo éramos una misma persona. O un mismo insecto, si lo prefiere.

ALBERT

¿Y qué hizo?

FRANZ

Bueno, lo primero que hice fue tratar de salir de la cama, lo cual resultó una tarea nada fácil, con todas esas patas. Habrá visto a esos insectos patas arriba que luchan por darse vuelta y no pueden hacerlo. Bueno, pues a mí me pasaba lo mismo. Es una sensación bastante frustrante, le aseguro.

ALBERT

(Reflexivo). Interesante.

FRANZ

Pero lo asombroso es que todo el sueño tenía la consistencia de una novela. Podría haberla escrito de un tirón si no me viese obligado a dedicar la mejor parte del día a trabajar en un empleo tedioso e inútil. La falta de tiempo me desespera. *(Pausa)*. ¿Y usted?

ALBERT

¿Yo?

FRANZ

¿Cuál es ese descubrimiento extraordinario que ha hecho?

ALBERT

(Con picardía). Digamos que he descubierto que eso que a usted tanto lo desespera, en realidad, no existe.

FRANZ

(Intrigado). ¿A qué se refiere?

ALBERT

Me refiero al tiempo.

FRANZ

(Asombrado). ¿Dice usted que el tiempo no existe?

ALBERT

Objetivamente, no.

FRANZ

(Incrédulo). ¿Me está usted diciendo que desde el momento en que nos encontramos hasta este instante, no ha pasado el tiempo?

ALBERT

Bueno, algo ha pasado, sin duda, pero no el tiempo.

FRANZ

¿Qué le hace decir que el tiempo no existe?

ALBERT

¿Qué le hace pensar que sí existe?

FRANZ

(*Señala en dirección de la plaza*). ¡Ese reloj, por ejemplo!

ALBERT

Claro, la premisa es que el reloj mide el paso del tiempo, pero la pregunta es si el instrumento que mide el tiempo es equivalente al tiempo mismo. Porque, ¿si el reloj se detiene, también se detiene el tiempo?

FRANZ

No, claro que no. Pero, bueno, todo el mundo sabe lo que es el tiempo.

ALBERT

¿Lo sabe? ¿Cómo? ¿Acaso puede verlo, tocarlo, oírlo, saborearlo? ¿Cuál de sus sentidos registra la existencia del tiempo?

FRANZ

El mismo sentido que me deja saber que ayer fue ayer, hoy es hoy y mañana será mañana.

ALBERT

Eso es lo que parece, ¿verdad? Pero lo que parece no siempre es lo que es. La realidad tiene formas verdaderamente diabólicas de manifestarse. Una persona puede llamar "presente" a un momento y otra persona puede considerarlo "pasado", o "futuro", pero, objetivamente, no es ninguna de esas cosas, sencillamente, porque la noción de que el tiempo fluye, es un sinsentido.

FRANZ

(*Admirado*). Me encantaría creerle, se lo aseguro. Es más, si el tiempo no existiera, como usted afirma, resolvería algunos de los grandes conflictos de mi existencia. Pero me temo que tendrá que ser más convincente.

ALBERT

Mi propósito no es convencerlo de nada. Pero si esto puede, realmente, hacerle la vida más fácil, puedo intentar explicárselo.

FRANZ

Se lo agradezco.

ALBERT saca un mazo de cartas del bolsillo y las despliega sobre la mesa.

FRANZ lo mira con sorpresa.

FRANZ

¿Es jugador?

ALBERT

¿Yo? No. ¿Por qué?

FRANZ

Como anda con un mazo de cartas en el bolsillo.

ALBERT

Ah, no, no. Lo traigo por razones didácticas. Como mucha gente insiste en que les explique mi teoría, decidí que sería útil contar con algún elemento que me ayudase a ilustrarla. (*Despliega las cartas sobre la mesa. A partir de ese instante, utilizará las cartas para ilustrar sus acciones*). Imagine una secuencia de fotografías tomadas a intervalos muy breves. Si usted pasa estas fotografías a una cierta velocidad, el espectador tendrá la impresión de estar viendo una escena en movimiento, como una película, y podrá concluir que lo que ese movimiento refleja es el paso del tiempo, ¿no es así?

FRANZ

En efecto.

ALBERT

Pero si se fija detenidamente, se dará cuenta de que, en realidad, se trata de un conjunto de escenas inmóviles ordenadas una detrás de la otra. El movimiento es una ilusión. Lo mismo sucede con el tiempo.

FRANZ

¡Pero no puede negar que no es usted el mismo hoy, que el que fue ayer, o hace un mes, o hace un año!

ALBERT

No, el mismo no. Pero cuánto tiempo ha pasado entre cada estado dependerá de quién observa. (*Separa dos cartas y las coloca en diferentes puntos de la mesa*). En otras palabras, el tiempo único, como creía Newton, no existe. Un observador parado en la plataforma de una estación de trenes puede escuchar dos sonidos y pensar que ocurren simultáneamente y otro, a bordo de un tren en movimiento, percibirá esos sonidos como asincrónicos. Y ambos tendrán razón. Como cuando usted está sentado en un tren y ve alejarse la estación a

través de la ventanilla. Para usted, lo que se mueve es la estación y no el tren, ¿no es verdad?

FRANZ

Pero eso no es más que una ilusión óptica.

ALBERT

No. Es una cuestión de perspectiva. Es tan legítimo afirmar lo uno como lo otro. El movimiento, por sí solo, no existe. Todo se mueve relativo a algo.

FRANZ

Veo que se propone destruir todas mis certezas.

ALBERT

¡Todo lo contrario! Verá porqué. (*Ahora toma todo el mazo y lo despliega como ejemplo*). Nuestro mundo visible es tridimensional. Si queremos localizar cualquier objeto en el espacio basta con conocer tres dimensiones: longitud, latitud y altitud, ¿no es así? Pero si deseamos ubicar a ese objeto en un momento específico debemos agregarle una cuarta dimensión: el tiempo. Claro, a la gente que no se ocupa de matemáticas parece producirle escalofríos la mención de "la cuarta dimensión". Inmediatamente piensan que se los está llevando a la esfera de lo oculto. Pero no hay nada más trivial que afirmar que el mundo en el que vivimos es un espacio tetradimensional donde tiempo y espacio no son entidades independientes, sino que se combinan para formar una nueva dimensión que llamamos espacio-tiempo. Y el espacio-tiempo es como un extenso mazo de cartas, donde toda la realidad física - pasado, presente y futuro - se encuentra trazada para siempre, congelada en este bloque.

FRANZ

(*Incrédulo*). ¿También el futuro?

ALBERT

También. En el espacio-tiempo, nada se mueve jamás. Claro, el sentido común nos hace creer que disponemos de libre albedrío, que por medio de nuestras decisiones tenemos la posibilidad de afectar el futuro.

FRANZ

¿Y no es así?

ALBERT

En la física del espacio-tiempo, el futuro no está abierto. Está ahí, sellado, tan inmodificable como el pasado.

FRANZ

¡Espere un momento! ¿Dice usted que toda nuestra vida ya está trazada? ¿Que es inalterable?

ALBERT

Es lo que digo.

FRANZ

¿Dice usted que todas mis obras ya están escritas, todos mis amores consumados, todos mis errores cometidos y que no hay nada que pueda hacer para corregirlo?

ALBERT

Me temo que es así.

FRANZ

¡Pero es espantoso! ¿Qué hacemos aquí? ¿Acaso no somos más que actores interpretando un texto previamente escrito?

ALBERT

En cierto sentido, lo somos.

FRANZ

¿Y quién es el autor de ese texto? ¿Dios?

ALBERT

¡No, no! No es necesario ir tan alto. Verá, el espacio-tiempo es determinista visto desde afuera, pero no visto desde el interior. Desde el interior del espacio, un punto del tiempo depende de su pasado pero el futuro está abierto. Usted puede, si así lo desea, dejar de escucharme, volver al salón y ponerse a hablar con alguna otra persona o marcharse. Y su futuro y probablemente el de todos nosotros, se verá influenciado por su decisión.

FRANZ

(Desconcertado). ¿Y entonces?

ALBERT

Pero si observamos este hecho desde fuera del espacio-tiempo, este hecho carece de importancia porque no estaremos mirando un instante en el tiempo, estaremos observando todos los instantes en el tiempo y en el espacio o, si prefiere... *(Despliega todas las cartas boca arriba)* ...todas las cartas.

FRANZ permanece un instante pensativo.

FRANZ

Todo esto es muy inquietante. ¿Cómo se llama su teoría?

ALBERT
Relatividad.

FRANZ
¿Significa que todo es relativo?

ALBERT
Significa que conceptos tales como tiempo y espacio no son absolutos sino que dependen del estado de movimiento del observador. Excepto la luz. La velocidad de la luz es la única constante, el límite de todas las velocidades en el universo.

FRANZ
¡Fascinante! ¿Y cómo llegó a esa extraordinaria conclusión?

ALBERT
(*Casual*). Una idea afortunada.

FRANZ
¿Eso es todo?

ALBERT
Bueno, las grandes ideas no son mucho más que eso. Nadie sabe cómo llegan a nosotros. Piense en el "¡Eureka!" de Arquímedes o en la manzana de Newton. En este caso, sucedió durante una caminata por Berna con un amigo, un brillante ingeniero. Yo había estado trabajando obsesivamente en el problema de velocidad de la luz sin llegar aparentemente a ninguna parte y, en consecuencia, andaba muy decaído. Recuerdo que le dije a mi amigo que había decidido olvidarme de todo el asunto, cuando, de repente, la solución se me apareció casi como una revelación. La clave consistía en abandonar la noción de que el tiempo es único. Porque si la luz se mueve a una velocidad constante de 300.000 kilómetros por segundo, el tiempo y el espacio no pueden ser absolutos. Claro, todo esto es difícil de aceptar porque desafía nuestro sentido común, que proviene del hecho de que vivimos la totalidad de nuestra vida en un remoto punto del universo, donde las velocidades son comparativamente bajas. Pero a velocidades cercanas a la velocidad de la luz, estas diferencias se manifiestan claramente. ¿Alguna vez se preguntó, por ejemplo, qué sucedería si uno pudiera correr a la velocidad de la luz.

FRANZ
No. ¿Qué sucedería?

ALBERT
El tiempo se detendría completamente y uno se encontraría atrapado en una existencia atemporal.

FRANZ
¿De veras?

ALBERT
Así es.

FRANZ
¡Asombroso! Lo que usted acaba de describir es mi vida.

ALBERT
¿Cómo es eso?

FRANZ
Yo soy ese hombre atrapado en una existencia atemporal, solo que hasta ahora no lo había pensado de esta manera.

ALBERT
(*Sonríe.*) Usted habla figurativamente y yo hablo científicamente.

FRANZ
¡No, no, no hablo figurativamente! Lo que le digo es literal. A veces camino por esta ciudad, de la cual, créame, conozco cada edificio, cada arcada, cada piedra y tengo la sensación de circular entre escenas congeladas en el tiempo. Para mí, el ayer o el hoy no hacen ninguna diferencia. Me despierto por la mañanas sin saber qué día es, ni quién soy, ni qué se supone que debo hacer en el mundo. Solo cuando mi madre aparece con el desayuno recupero un cierto sentido de la realidad. Pero es una realidad estática, donde nada cambia verdaderamente. Vivo en casa de mis padres, lo cual es una tortura. Pero es también una conveniencia, tengo que reconocerlo. No tengo voluntad de rebelarme. Y después marchó a mi oficina, que es como marchar al cadalso. ¿Alguna vez trabajó en una oficina?

ALBERT
Hasta hace muy poco trabajaba en la oficina de patentes. en Berna.

FRANZ
¿Y no sentía que la cabeza le estallaba de tedio?

ALBERT
No. Tengo que reconocer que me resultaba muy conveniente. Allí escribí algunos de mis trabajos fundamentales, incluyendo mi teoría especial de la relatividad.

FRANZ

¿Lo dice en serio? Pues a mí me atormenta. Me causa un daño mental irreparable. Es como si llevara una doble vida. Durante el día, soy ese empleado eficiente y respetuoso de las convenciones y de la autoridad y por las noches, cuando me siento a escribir, me convierto en un ser mordaz y malicioso que percibe el mundo como un espectáculo siniestro.

ALBERT

Bueno, en cierta medida, todos llevamos una doble vida, ¿no? Yo, como se imaginará, quiero mucho a mi mujer y a mis hijos, pero tengo que reconocer que con mucha frecuencia estoy físicamente con ellos, pero mi mente está en otra parte. Lo cual es una forma de simulación. Nuestra vida social es una máscara que portamos. Si la gente se atreviera a mostrarse socialmente tal como es y a expresar sus verdaderos pensamientos, se terminaría la sociabilidad, ¿no le parece? Claro que a mayor sensibilidad, más se agudiza ese conflicto. Debe ser su caso.

Pausa. ALBERT vacía su pipa. Vuelve a cargarla. Va hacia la mesa con bebidas.

ALBERT

¿Gustaría de una copita de licor? Creo que la hora es apropiada.

FRANZ

No, gracias. No bebo.

Toma una caja de cigarros.

ALBERT

¿Un cigarro, tal vez?

FRANZ

No fumo. (*Hace una breve pausa*). Tampoco como carne. Soy rigurosamente vegetariano. Mi abuelo era carnicero *kasher*, así que supongo que yo expío su culpa.

ALBERT

En algún momento de mi vida consideré volverme vegetariano.

FRANZ

¿Y por qué desistió?

ALBERT

Obviamente, me parecía muy cruel eso de matar animales para alimentarse. Pero después razoné: si usted compra una parcela de tierra y planta vegetales y frutas, primero tiene que drenarla, lo que va a matar a todas las formas de vida animal y vegetal que hay en el agua. Más tarde tendrá que matar a todos

los gusanos y orugas que comen la plantado. Y si uno trata de evitar toda esta matanza por razones morales, al final terminará por matarse a sí mismo. (*Toma la botella de licor*). Así es que, como ve, decidí no ser rigurosamente nada.

ALBERT se sirve una copita, hace un gesto de brindis y la saborea con placer.

ALBERT

¡Ah, excelente! ¿Está seguro que no quiere aventurarse?

FRANZ

No, le agradezco.

ALBERT

¿No se siente a veces tentado de cometer alguna trasgresión?

FRANZ

Claro, muchas.

ALBERT

¿Y qué hace?

FRANZ

Me controlo.

ALBERT

¡Admirable! Yo carezco de esa fuerza de voluntad. Mis debilidades de carácter no son conducentes a una vida monacal.

FRANZ

Tampoco las mías. Pero mi salud es precaria y si quiero completar mi obra, tengo que ser inflexible. (*Pausa*). Hay otras cosas que sí me gustaría hacer pero no me atrevo.

ALBERT

¿Por ejemplo?

FRANZ

No sé. Tantas cosas me atemorizan que podría pasarme una semana clasificándolas.

ALBERT

Pero debe haber un deseo en particular que le provoca, al mismo tiempo, tentación y pánico.

FRANZ

(*Piensa*). Bailar.

ALBERT
(*Sorprendido*). ¿Bailar?

FRANZ
Nunca he bailado.

ALBERT
¿Nunca?

FRANZ
¿Usted sí?

ALBERT
Bueno, sí, muchas veces.

FRANZ
¿Y no se sentía ridículo?

ALBERT
No. ¿Por qué? Todo lo contrario. (*Con picardía*). Especialmente si bailaba con una mujer bonita.

FRANZ
Una vez traté de bailar en mi habitación. Me paré frente al espejo y empecé a dar vueltas, simulando que tenía a una muchacha en mis brazos. En medio de esa ensoñación, mi padre abrió la puerta. No dijo nada. Ni una palabra. Hizo una mueca, se dio vuelta y se marchó. (*Hace una pausa*). Su silencio fue el comentario más humillante que he recibido en mi vida.

ALBERT
¿Y ese episodio lo inhibió de volver a bailar?

FRANZ
En parte. Además soy muy torpe. No tengo sentido del ritmo.

ALBERT
Bailar no es ninguna ciencia.

FRANZ
¿Usted baila bien?

ALBERT
Bueno, nadie me daría un premio por mis habilidades, pero lo hago.

FRANZ

A lo mejor podría enseñarme.

ALBERT

(*Sorprendido.*) ¿A bailar?

FRANZ

Sí.

ALBERT

No me parece que sea el instructor apropiado.

FRANZ

¿Por qué? Usted me inspira confianza.

ALBERT

Gracias, pero mejor sería que buscara alguien más idóneo.

ALBERT se sirve otra copita. Se reclina sobre la baranda y contempla la plaza.

ALBERT

A veces me cuesta creer que estemos ya en el siglo veinte. ¿A usted no le sucede?

FRANZ

Yo no le atribuyo demasiada importancia al paso de un siglo al otro.

ALBERT

¿No? ¡Pero es que tantas cosas van a cambiar en este siglo!

FRANZ

¿Usted cree?

ALBERT

Las sociedades están en efervescencia. Revoluciones en Rusia, en Portugal, en México. Las teorías de Freud están alterando nuestra comprensión de la sexualidad y la psicología. Pintores como Picasso y Matisse o compositores como Stravinsky sepultan los cánones artísticos del siglo diecinueve. Hay aviones, automóviles, teléfonos, radio. El mundo ha visto más transformaciones en los últimos veinte años en todo el resto de la historia humana.

FRANZ

Usted parece entusiasmarse con las perspectivas.

ALBERT

El progreso es siempre una buena cosa.

FRANZ

Yo no le temo al progreso. Le temo a la gente que lo impulsa. Y esa gente no cambia. Por el contrario: se torna cada vez más codiciosa.

ALBERT

Así y todo, no podemos negar que la revolución es inevitable. Las inequidades son demasiado grandes y la explotación demasiado evidente.

FRANZ

¿Usted es socialista?

ALBERT

Sí, podría decir que lo soy, de una manera iconoclasta. Creo en los principios, pero no podría afiliarme a ningún partido. Soy incapaz de marchar al ritmo que otro impone.

FRANZ

Yo desconfío de las revoluciones. No es que no crea en la necesidad de cambio, pero no me engaño respecto de sus consecuencias. Esa maravillosa juventud socialista que sale a manifestar por las calles. Uno no puede menos que admirarlos. Tan seguros de sí, tan confiados, tan llenos de convicción. Controlan la calle y piensan que controlan el mundo. Pero no se dan cuenta de que ellos, a su vez, están siendo controlados. Porque detrás vienen los políticos profesionales y los burócratas, todos estos sátrapas modernos para quienes estos jóvenes idealistas preparan el acceso al poder. Las revoluciones siempre empiezan con un Robespierre y terminan con un Napoleón.

ALBERT

Bueno, comparto su desconfianza de los políticos, pero no creo que los procesos revolucionarios sean necesariamente negativos.

FRANZ

Admiro su optimismo, profesor Einstein, pero no es una receta que me sirva. El pesimismo nunca defrauda.

ALBERT

Yo, le confieso, prefiero ser un tonto optimista que un astuto pesimista.

Pausa.

FRANZ

¿Le gusta Praga?

ALBERT

(*Algo sorprendido*). ¿Si me gusta? No estoy seguro. Es una ciudad muy distinta de las otras donde he vivido.

FRANZ

Es una ciudad muy cruel.

ALBERT

¿Cruel? No me pareció realmente que lo fuera.

FRANZ

Quizás no ha tenido tiempo de advertirlo. Praga es una madre con garras que no sueltan. Una ciudad bella y repulsiva a la vez, como las prostitutas de la plaza Wenceslao. (*Señala la distancia, más allá de la plaza*). ¡Mire usted ese castillo! Domina todo el paisaje como un preceptor implacable. Nada de lo que sucede en la ciudad se le escapa.

ALBERT

Es muy imponente.

FRANZ

Yo lo encuentro aterrador. De chico lo imaginaba habitado por seres perversos y deformes. Su visión me perseguía como una sombra, me daba pesadillas.

ALBERT

Mi mujer no se siente muy cómoda aquí.

FRANZ

La comprendo. En apariencia, todo aquí parece muy juicioso, muy civilizado, pero arañe un poco la superficie y verá salir a la bestia.

ALBERT

¿La bestia?

FRANZ

El odio. Los checos están enfermos de odio. Lo llevan embozado detrás de cada sonrisa, de cada gesto formal. Yo lo he estudiado muy cuidadosamente. ¿Se ha fijado en la actitud de la gente de esta ciudad?

ALBERT

Bueno, sí, en cierta manera.

FRANZ

¿Y qué piensa de ellos?

ALBERT

No me atrevo a generalizar. Hay algo muy rígido y formal aquí que me perturba.

FRANZ

La formalidad es esencial, porque en el momento en que se pierde, se quiebra el muro de contención y la bestia se dispara.

ALBERT

¿Y qué es lo que odian?

FRANZ

Todo lo que es diferente. A usted y a mí, por ejemplo. En esta ciudad el antisemitismo se respira como el aire. Ya se dará cuenta. Tanto, que me asombra que lo nombraran a un cargo en la universidad.

ALBERT

No fue fácil, lo reconozco. El mismísimo emperador debió interceder y firmar la excepción.

FRANZ

Pues comprenderá a qué me refiero. Los judíos vivimos pidiendo disculpas por nuestra existencia. Pero uno no puede escapar a su condición, ni tampoco se puede vivir en un lugar sintiéndose odiado. Tanto es así, que a veces pienso en emigrar.

ALBERT

¿Emigrar a dónde?

FRANZ

A Palestina. ¿Le sorprende?

ALBERT

Bueno, sí, en cierta manera.

FRANZ

Hasta empecé a estudiar hebreo.

ALBERT

¿De veras? ¡Qué coraje!

FRANZ

Es un idioma fascinante y esotérico, aunque no creo que podría llegar a escribir en él. ¿Usted no ha pensando en emigrar?

ALBERT

Bueno, yo he pasado gran parte de mi vida emigrando. De Alemania a Italia, luego a Suiza, ahora a Bohemia. A decir verdad, las fronteras siempre me han parecido creaciones artificiales. Soy un pacifista incorregible. El nacionalismo me repugna. Es una enfermedad peligrosa que puede fácilmente convertirse en epidemia. En ese sentido, el sionismo, con su reivindicación nacionalista, también me preocupa, aunque entiendo que la horrenda historia del exilio judío lo justifique.

FRANZ

Si viviera más tiempo en Praga lo comprendería mejor.

ALBERT

Lo comprendo perfectamente. Lo padecí en Alemania, donde el nacionalismo adquiere cada vez proporciones más virulentas. Tanto, que mucha gente ya está hablando de la necesidad de una guerra.

FRANZ

(Alarmado.) ¿Usted cree que habrá guerra?

ALBERT

Posiblemente. Nunca hay que subestimar el extraordinario poder de la estupidez humana. Los alemanes no pueden pasar mucho tiempo sin una buena guerra. La paz los aburre, los llena de inseguridad. Pero me temo que esta guerra, si viene, no será como las anteriores.

FRANZ

(Cada vez más nervioso.) ¿Cómo será?

ALBERT

Será una guerra brutal y devastadora.

FRANZ

¿Qué le hace pensar eso?

ALBERT La tecnología. ¿Qué comandante va a resistir la tentación de utilizar aviones para bombardear ciudades y carreteras? Vehículos blindados van a reemplazar a la caballería. Cañones de mayor potencia y distancia van a ser capaces de destruir ciudades enteras. Será una verdadera hecatombe.

FRANZ Yo le confieso no sabría qué hacer en una guerra. Nunca en mi vida toqué un arma. La mera vista de un cuchillo de cocina me produce escalofríos. Soy incapaz de pelearme con nadie. Lo más sensato sería escapar, ¿no le parece?

ALBERT

¿Escapar a dónde?

FRANZ

Tal vez a América. Allí los espacios son tan grandes que uno podría pasarse la vida sin que nadie lo note. (*Angustiado.*) Lo cierto es que vivo en esta ciudad como un ser de otro planeta. A lo mejor, es mi naturaleza. A lo mejor soy un engendro, una obra mal concebida. Fuera de mis colegas en el Instituto, toda la gente que conozco es judía. Brod, Weltsch, Baum, Werfel, los Fanta. Hablamos alemán mientras que la mayoría habla checo. Y sin embargo, muchas veces me pregunto qué tengo en común con los judíos. No podría precisarlo. ¡Ni siquiera tengo nada en común conmigo mismo! ¿No le parece extraño?

ALBERT

(*Sonríe.*) Su sueño.

FRANZ

¿Mi sueño?

ALBERT

El insecto.

FRANZ

Claro, tiene razón. Ahora que lo menciona puedo verlo perfectamente.

Pausa.

ALBERT

¿Y qué le ocurre cuando descubre su metamorfosis?

FRANZ

(*Iluminado.*) ¡Metamorfosis! ¿Sabe? No había pensado en esa palabra. Es muy apropiada. Se lo agradezco. Quizás decida titular así a ese cuento si alguna vez lo escribo. La metamorfosis. ¡Excelente!

ALBERT

¿Tiene intención de escribir un cuento con eso?

FRANZ

Posiblemente.

ALBERT

¿Un cuento acerca de un hombre que se convierte en un insecto?

FRANZ

Sí, ¿por qué no?

ALBERT

¿Cuál sería el propósito?

FRANZ

No lo sé. ¿Debería tener alguno?

ALBERT

¿No tienen propósito las cosas que escribe?

FRANZ

(*Pensativo*) No. No sé. ¿Acaso los sueños tienen propósito? Tienen existencia, eso es todo. Y uno los acepta, como el personaje acepta su nueva condición.

ALBERT ¿Cómo la acepta?

FRANZ

Trata de acomodarse a su nueva realidad. ¿No es lo que hacemos todos? Acomodarnos, transar, resignarnos. Es la gota diaria que vertemos en el mar de la hipocresía. ¿Qué haría usted si mañana se despertase convertido en un insecto?

ALBERT

Bueno, no sé. No es algo en lo que haya pensado. (*Reflexiona*) Tendría que renunciar a mi pipa, por lo pronto. (*Pausa*) Sin duda, me sentiría horrorizado. ¿No es como se sintió usted?

FRANZ

No realmente. Yo siempre percibí la realidad como una pesadilla. Vivir, para mí, representa un gran esfuerzo. No se imagina cuán grande. Mi cuerpo es mi principal enemigo. Padezco toda clase de dolencias. Los intestinos, los pulmones, el hígado, el corazón. Todos mis órganos están en estado de rebeldía. Solo mi necesidad de escribir me obliga a soportarlo. (*Se detiene*) Perdón, espero no aburrirlo.

ALBERT

No, no me aburre. Todo lo contrario. Supongo que la cabeza de un escritor funciona de una manera muy diferente a la de un científico. Nosotros miramos hacia afuera, con la curiosidad de niños; ustedes, en cambio, miran hacia el interior, como anatomistas. Para mí, contemplar el universo y tratar de desentrañar sus enigmas es motivo de una gran serenidad. Porque es imposible no pensar lo irrelevantes que somos frente a tanta inmensidad. Nuestros problemas, nuestros conflictos, nuestras discordias, la suma de nuestros dolores y padecimientos, resultan anecdóticos cuando se miden a escala universal. Pero, claro, si se revierte el lente y uno mira al interior del alma humana, es posible que se espante.

FRANZ

No creo que la admiración del universo baste para explicar la sinrazón de nuestra existencia.

ALBERT

Nuestra existencia es una aventura extraordinaria, doctor Kafka. Un privilegio que nos ha sido acordado por razones misteriosas.

FRANZ

¿Y quién nos ha acordado ese privilegio? ¿Dios? ¿Acaso cree en Dios?

ALBERT

Obviamente no creo en el Dios que propagan las grandes religiones.

FRANZ

¿Y en qué clase de Dios cree?

ALBERT

Mi credo es similar al de Spinoza: admiración por la belleza del universo y por la simplicidad del orden que solo podemos comprender con humildad y de manera imperfecta. Como se imaginará, la idea de un Dios con forma humana, sentado en un trono en algún lugar del cielo, que premia y castiga a su antojo me parece un cuento de niños. Más aún, si considera que la noción de que el cielo está arriba y nosotros abajo es solo una cuestión de perspectiva.

FRANZ

¿Podría ser que el infierno estuviera arriba y el cielo abajo?

ALBERT

Perfectamente. Depende de dónde se coloque para observarlo.

FRANZ

Pues no lo repita demasiado, porque terminará en la hoguera, como Giordano Bruno.

ALBERT

Se lo agradezco. Trataré de seguir su consejo.

Pausa.

FRANZ

¿Qué pasaría si Dios y el diablo tuvieran el mismo rostro y fuera imposible distinguirlos?

ALBERT

(Divertido) ¿Un doble?

FRANZ

Exacto. Ahora imagínese que en medio de la confusión, fue el diablo el crucificado, el que pretendió morir por nuestra salvación. Eso explicaría todo, ¿no?

ALBERT

¿Qué explicaría?

FRANZ

Explicaría por qué el mundo está condenado eternamente al sufrimiento. El infierno es hoy, aquí mismo.

ALBERT

Es una idea muy sugestiva, lo admito, aunque un tanto derrotista para mi gusto.

FRANZ

¡Pero ése es precisamente el punto, profesor Einstein! ¡El gran absurdo de la condición humana! Hemos llegado al mundo como náufragos y nadie puede explicarnos para qué nos hemos salvado. Los políticos, los sacerdotes, todos esos predicadores de la fe y la esperanza quieren convencernos de que somos una humanidad, pero no lo somos. La cruda verdad es que el hombre está esencialmente solo.

ALBERT

Es un punto de vista un tanto egocéntrico, si me disculpa el atrevimiento.

FRANZ

¿Egocéntrico?

ALBERT

Nuestra vida, exterior e interior, depende del trabajo, el esfuerzo y la creatividad de mucha otra gente, viva o muerta. La ropa que viste, la cama donde se acuesta, la tinta con la que escribe es el fruto del trabajo de otra gente. La comida que lo alimenta fue elaborada, cultivada y procesada por otra gente. Su mente está poblada de los libros, el arte y la música que otros han creado. La soledad de la que usted habla es una soledad fuertemente endeudada, doctor Kafka.

FRANZ

Me temo que en el panorama luminoso que pinta usted de la aventura humana, deja afuera la indescriptible pobreza que afecta a tres cuartos de la humanidad, el hambre, la explotación, la enfermedad. El mundo es un sitio brutalmente injusto, profesor Einstein. La justicia ha perdido todo propósito. Es una gran burocracia solo interesada en cuestiones de procedimiento. *(Pausa. Se le*

aproxima, como una confesión) La otra noche, mientras trataba de conciliar el sueño, imaginé la perfecta máquina de administrar justicia.

ALBERT

(Divertido) ¿Una máquina de administrar justicia? ¡Qué interesante! ¿Y cómo funcionaría?

FRANZ Bueno, no tengo todos los detalles resueltos, pero es una especie de prensa plana equipada con una serie de agujas muy filosas, capaces de escribir sobre la espalda del condenado el motivo de su condena. Por ejemplo, si se trata de un ladrón, escribirían la frase "No hay que robar". Y lo harían muy gradualmente, con pases cada vez más profundos, hasta matarlo en medio de una indescriptible agonía.

ALBERT

(Espantado) ¡Qué idea tan espantosa!

FRANZ

Reconozco que es espantosa, pero, creamé, el espanto, en este caso, es secundario. Porque lo importante es que el castigo sea ejemplar. Ese es absoluto fin de la justicia. Fíjese lo siguiente: la horca es meramente un instrumento de muerte, carece de significado alegórico. La guillotina es diferente. La guillotina separa la cabeza, del tronco del condenado. ¿Advierte la metáfora? La cabeza, que contiene las ideas, se va por un lado y el cuerpo se va por el otro. Bueno, pues la máquina en la que estoy pensando lleva esa metáfora al extremo.

ALBERT

Usted debería tratar de dormir mejor de noche en lugar de ponerse a imaginar instrumentos de tortura.

ALBERT se dirige hacia la mesita en busca de una copa. Examina las diferentes botellas.

FRANZ

¡La justicia es un instrumento de tortura, profesor Einstein! El castigo no proviene del dolor físico, sino de la conciencia de falta. Este es un punto muy importante, porque cuanto más imprecisa la falta, mayor el poder del acusador sobre el acusado. Mi padre entendió esto instintivamente.

ALBERT

(Sorprendido) ¿Su padre?

FRANZ

Mi padre ha sido para mí una figura aterradora. Todavía lo es. Un hombre imponente, estricto, con una voz de trueno y una fuerza física asombrosa. La

culpa y la humillación son sus instrumentos predilectos y los maneja como un virtuoso. Hasta su nombre es intimidante.

ALBERT
¿Cómo se llama?

FRANZ
Se llama Hermann.

ALBERT
También mi padre se llamaba Hermann.

FRANZ
(*Legítimamente sorprendido*) ¿De veras? ¡Qué extraña coincidencia!

ALBERT
Pero no había nada intimidante en él. Era un hombre dulce y pacífico.

FRANZ
¿Murió?

ALBERT
Sí, pronto harán diez años.

FRANZ
Le confieso que me cuesta imaginar ese nombre asociado a una persona dulce y pacífica.

ALBERT
Si hubiera conocido a mi padre lo entendería. Era un hombre amigable y generoso, muy emprendedor, aunque no muy hábil en los negocios. Fue él quien despertó en mí el interés por la ciencia. (*Casi sin transición.*) ¿Está seguro de que no le vendría bien una copita?

FRANZ
Bueno, quizás tenga razón.

FRANZ se acerca a la mesita. ALBERT le sirve una copita que FRANZ bebe rápidamente.

FRANZ
¡Está bien así! El alcohol se me sube inmediatamente a la cabeza.

ALBERT
¿Ah, sí? ¿Y qué reacción le produce?

FRANZ
Me río.

ALBERT
¿Se ríe?

FRANZ
No puedo controlarme. El otro día me pasó durante un acto en la oficina. (*Comienza a reírse*). Alguien prácticamente me forzó a tomarme una copa de champán. Mi jefe estaba dando un discurso muy ceremonioso y de repente, me largué a reír. (*Ríe cada vez más estruendosamente*). El discurso no tenía nada de gracioso, pero yo no podía parar. Todo el mundo se daba vuelta para mirarme. Yo sabía que esa risa me podía costar el empleo, pero eso me causaba más risa todavía. (*Se controla*). Disculpe. (*Saca un pañuelo y se seca las lágrimas*). Hablar de mi padre me trastorna.

ALBERT
¿Nunca trató de liberarse de ese vínculo?

FRANZ
La naturaleza de ese vínculo es que uno no puede liberarse de él. Mi padre está presente en todo cuanto escribo. Es mi personaje favorito. Es mi espejo y también es mi conciencia. Tanto es así, que la idea de la felicidad siempre me resultó ajena.

ALBERT
¿Nunca ha sido feliz?

FRANZ
Mi padre no lo hubiera permitido.

ALBERT
¿Necesitaba su permiso?

FRANZ
El creaba esa necesidad.

ALBERT
No debería aceptar la derrota sin dar batalla.

FRANZ
(*Con ironía*). Curioso comentario en boca de un pacifista. (*Pausa*). ¿Y usted?
¿Acaso usted es un hombre feliz?

ALBERT

Seguramente en algunos momentos lo soy, pero por lo general estoy demasiado ocupado como para darme cuenta.

FRANZ

¿Su matrimonio no lo hace feliz?

ALBERT

(*Se ríe*). ¿Mi matrimonio? ¡Caramba, doctor Kafka! Casi prefiero que me pregunte por la teoría de la relatividad. Es más sencilla de explicar. (*Pausa*). Digamos que mi relación con el matrimonio es bastante parecida a la que tengo con mi pipa. Disfruto un rato de ella, pero, de pronto, se atasca y el placer se evapora.

FRANZ

¿Cómo es su esposa?

ALBERT

Mileva es una mujer muy inteligente, con una mente muy aguda. Nos conocimos en Zurich, en la universidad. Ella era la única mujer de la clase.

FRANZ

¿También se ocupa de la física?

ALBERT

Lo hacía. Creo que la maternidad consumió sus aspiraciones científicas y consumió también buena parte de nuestra relación.

FRANZ

¿Están separados?

ALBERT

No. No exactamente. Digamos que en este momento impera un delicada tregua.

FRANZ

Yo no entiendo mucho de mujeres. ¿Usted sí?

ALBERT

Tengo que admitir que, a diferencia de cualquier otro objeto de conocimiento, en el caso de la mujer, mi ignorancia se acrecienta cuanto más conozco de ellas.

FRANZ

Para mí son un enigma. No sé qué quieren, no sé qué se proponen, no sé que esperan de mí. En presencia de una mujer me siento como un mono

contemplando una jirafa. ¿Cómo es posible que éstas dos especies convivan? (Pausa). ¡Y además está la cuestión del sexo!

ALBERT

¿La cuestión del sexo?

FRANZ

¿Usted disfruta del sexo?

ALBERT

(Con sorpresa). Bueno, en general, me parece una actividad muy estimulante. ¿Por qué? ¿Usted no lo practica?

FRANZ

Lo practico, sí, de vez en cuando. Mayormente con prostitutas. Pero no podría decir que lo disfruto.

ALBERT

¡Qué curioso! ¿Y cuál es el motivo?

FRANZ

Ciertos olores de las mujeres me resultan repulsivos. Un olor sulfuroso, como un hedor del infierno.

ALBERT

¿Nunca probó regalarles un perfume?

FRANZ

¿Usted cree que ayudaría?

ALBERT

Por lo menos, engañaría al olfato. A menos que opte por abstenerse, como ha hecho con la carne y el alcohol.

FRANZ

No es tan sencillo. Tengo mis necesidades.

ALBERT

A lo mejor debería probar con otro tipo de mujeres.

FRANZ

Las mujeres de otro tipo también tienen otro tipo de expectativas. Por lo menos, las prostitutas no esperan que uno se case con ellas.

ALBERT

¿Nunca se enamoró?

FRANZ

La literatura es una mujer celosa, profesor Einstein. Demanda la fidelidad más absoluta. Me imagino que esto debe sonar a herejía para quien, como usted, busca la felicidad.

ALBERT

Yo no busco la felicidad, doctor Kafka.

FRANZ

¿No? Me dio esa impresión.

ALBERT

La felicidad, como objetivo siempre me ha parecido el ideal de los necios.

FRANZ

¿Y qué busca entonces?

ALBERT

Conocimiento. Entender maravillosa estructura de la naturaleza. En este momento, por ejemplo, lo que más me importa es completar mi teoría.

FRANZ

¿Su teoría no está completa?

ALBERT

Mi teoría solo se refiere a sistemas de referencia en estado de inercia. Por eso la he llamado especial. Lo que busco es una teoría general que sea válida para todas las situaciones.

FRANZ

No parece mucha ambición.

ALBERT

Bueno, poco y mucho también son conceptos relativos. Una ecuación puede no parecer gran cosa y transformar el mundo.

FRANZ

¿Transformar al mundo? ¿No exagera un poco?

ALBERT

De ninguna manera. Tome usted, por ejemplo, la formula $E=MC^2$, la energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz, que forma parte de mi teoría. Una simple ecuación, ¿verdad? ¿Pero qué significa? Significa que cualquier minúscula cantidad de materia puede liberar una cantidad extraordinaria de energía. Por ejemplo, el trasatlántico más grande del mundo consume actualmente dos vagones de carbón por cada día de navegación y sin

embargo hay energía suficiente en apenas dos gramos de carbón como para que el trasatlántico vaya y vuelva de Hamburgo a Nueva York a toda marcha. Es cierto que liberar esta energía demandaría desintegrar el átomo y no existe al presente la tecnología capaz de lograrlo. Pero imagine usted que esta tecnología aparezca en el futuro.

FRANZ
¿Qué sucedería?

ALBERT
No sólo cambiaría el mundo; también tendría el poder de destruirlo.

FRANZ
(*Horrorizado*). ¿Habla en serio?

ALBERT
Absolutamente.

FRANZ
¿Y lo dice con esa calma?

ALBERT
¿De qué otra manera tendría que decirlo?

FRANZ
¿Está hablando de la destrucción del mundo y no se le mueve un pelo!

ALBERT
Mis pelos se mueven constantemente, doctor Kafka. Son inmanejables. En cuanto a destruir al mundo, le aseguro que no es algo que me proponga hacer.

FRANZ
¡Pero alguien lo hará!, ¿no es así? Eventualmente, alguien descubrirá la forma de hacerlo.

ALBERT
Lo dudo, pero no es imposible.

FRANZ
¿Y esta posibilidad no le aguijonea la conciencia?

ALBERT
No. ¿Por qué? ¿Debería hacerlo?

FRANZ
¡Su fórmula es mucho más horrenda que mi máquina de administrar justicia!

ALBERT

Bueno, tal vez, desde un cierto punto de vista lo es. Pero mi fórmula no inventa nada: descubre una cualidad de la naturaleza. Cada uno de nuestros actos tiene esa doble condición. Una piedra sirve para construir, pero también sirve para matar. Todo depende del uso y de la intención. En cambio, su máquina no tiene esa dualidad. Es solo un instrumento de tortura.

FRANZ

¡Mi máquina es un sueño, una fantasía, un objeto literario! A nadie se le ocurriría llevarlo a la realidad.

ALBERT

Yo no estaría tan seguro, doctor Kafka.

Pausa. ALBERT aspira su pipa, advierte dificultades y la golpea contra el borde del balcón con el objeto de destaparla.

FRANZ

Disculpe mi reflexión, profesor Einstein, pero me temo que usted ha pasado demasiado tiempo observando el cosmos y demasiado poco prestando atención a lo que sucede aquí, en la Tierra.

ALBERT

¿Qué le hace decir eso?

FRANZ

La sospecha de que sus ideales humanitarios no pasan de ser una cómoda expresión de deseos. Aquí, en la Tierra, no existe una ecuación capaz de medir la crueldad inherente al acto de vivir. No hay una constante universal que, multiplicada por una variable elevada a la segunda potencia, determine la dimensión de la perversidad humana. Mire a su alrededor, profesor Einstein. La única constante es el sufrimiento. Esa es nuestra velocidad de la luz.

ALBERT

(Irritado). ¡Usted hace de la desesperación una doctrina!

FRANZ

¡Y usted hace del optimismo una religión!

ALBERT

Si insiste tanto en atormentarse terminará como uno de esos mártires de las pinturas del medioevo. Le aseguro que si pudiera detener mi conciencia como quien detiene la marcha de un reloj, si fuera capaz de mirar alrededor y no entender el verdadero significado de las cosas, si pudiera abandonarme a la

inocente ignorancia de los buenos burgueses, lo haría sin pensarlo dos veces. Pero no puedo. No sé cómo engañarme. Tanto es así que con frecuencia pienso que mi única salida es el suicidio.

ALBERT
¡No habla en serio!

FRANZ
Tan en serio como que antes de que usted llegara estaba considerando seriamente tirarme por el balcón.

ALBERT
¿Qué está diciendo? ¿Qué motivo podría tener para querer quitarse la vida?

FRANZ
La culpa. ¿Acaso no es ése siempre el motivo?

ALBERT
¿Es culpable de algo?

FRANZ
¿Tiene importancia?

ALBERT
Me imagino que sí.

FRANZ
Tome el caso que le comenté: el hombre ése que perdió el brazo. El juez lo encontró culpable de su propia desgracia. Pero, ¿fue realmente su culpa? ¿Acaso puedo descartar que no haya habido negligencia de mi parte?

ALBERT
¿No hizo lo suficiente?

FRANZ
¿Qué es lo suficiente?

ALBERT
Usted debe saberlo mejor que yo.

FRANZ
¡No hay suficiente! Lo que para usted es suficiente tal vez no lo es para mí, y viceversa. ¡Su teoría de la relatividad! En todo caso, la culpa se aloja, precisamente, en esa incertidumbre. (*Se asoma al balcón*). ¡Mire! Ahí está otra vez.

ALBERT
¿Quién?

FRANZ
El tipo ése, el del sombrero verde con la pluma.

ALBERT se acerca con sospecha.

ALBERT
¿Está seguro?

FRANZ
Está ahí, junto a la torre del reloj. ¿No lo ve? Tiene puestos unos anteojos oscuros.

ALBERT
Sí, sí, ahora lo veo.

FRANZ se aleja del balcón.

FRANZ
Se lo dije. (*Pausa*) ¿Qué hace?

ALBERT
Mira hacia aquí y hace anotaciones en una libreta. (*Pausa*) ¡Espere! Ya no lo veo más.

FRANZ
¿Se fue?

ALBERT
No lo sé. A lo mejor se perdió entre la gente. (*Lo busca con la mirada.*) ¡Qué extraño! ¿Qué se propondrá? (*A FRANZ*) ¿Usted está metido en un lío?

Pausa.

FRANZ
Anna, la muchacha que se suicidó, estaba encinta de cuatro meses.

ALBERT
¿Y usted tiene algo que ver con eso?

FRANZ
Como le mencioné, ella vino varias veces a mi oficina. Era bonita, con una belleza muy sutil, de esas que no se advierten inmediatamente, y tenía una mirada de una gran tristeza. Créame, nunca antes había visto una tristeza igual.

Al principio llegaba, me entregaba los documentos y se sentaba frente a mí sin decir nada. Cuando le preguntaba algo, respondía con monosílabos. Pero poco a poco comenzó a soltarse y llegamos a tener breves conversaciones. En ocasiones tenía la impresión de que quería comunicarme algo importante pero que era demasiado tímida para hacerlo, porque cuando le hacía una pregunta, me miraba muy seria y no respondía, como si no la comprendiera. Gradualmente empezamos a hacer cortas caminatas. No hablábamos mucho. Parecía cohibida de mostrarse conmigo. Seguramente pensaba que la gente debía advertir la pobre calidad de su ropa y hacía comentarios. Pero a mí no me importaba y se lo dije. Un día, al atardecer, mientras cruzábamos el puente de Carlos, se detuvo e, inesperadamente, me abrazó. Se apretó fuertemente contra mí y empezó a llorar. Todo el cuerpo le temblaba. Le pregunté qué la preocupaba, si no había alguna cosa que quisiera contarme, pero ella no respondió y siguió llorando. En ese momento, un colega de la oficina, el doctor Samek, acertó a pasar por casualidad y, como se imaginará, se sorprendió tanto de verme en estas circunstancias que evitó saludarme. Ese encuentro inesperado me perturbó tanto, que no insistí en averiguar la causa de la angustia de Anna. Ella estaba tan avergonzada que se marchó corriendo.

ALBERT

(Interesado). Bueno, ¿y qué pasó?

FRANZ

Después de este incidente, dejó de venir por varios días. Al cabo de una semana o algo así, vino a verme su padre. No es un tipo agradable. Parecía muy agitado y se dirigió a mí con bastante rudeza. Me reprochó la demora en presentar la apelación y me contó que su hija estaba muy enferma y que ellos no tenían dinero para un médico, así que tomé unos billetes y se los di. Le pregunté de qué estaba enferma, pero no quiso explicarme y se marchó de prisa. Pasaron varias semanas sin que supiera nada de Anna, hasta que una tarde reapareció. Se veía mucho más pálida que de costumbre. Como siempre, se sentó frente a mí sin decir nada y me entregó el documento que había traído. Yo había terminado un informe en el que había estado trabajando y la invité a tomar un helado. Bajamos hasta un parque cercano donde los vendían. Fue la única vez que la vi sonreír.

Pausa.

ALBERT

¿Se enamoró de ella?

FRANZ

(Se sonroja). Sí, no puedo negarlo.

ALBERT

Pero no se atrevió a decírselo.

FRANZ
No. No, en ese momento.

ALBERT
¿Por qué?

FRANZ
Por miedo.

ALBERT
¿Miedo a qué?

FRANZ
A que me aceptara. (*Pausa*). Fue la última vez que la vi. Le escribí varias cartas. Las primeras, más bien formales. Preguntaba por su salud y lamentaba que hubiera dejado de visitarme. No tuve respuesta. Su silencio me llenaba de dudas y de desesperación. Mis sucesivas cartas se volvieron más explícitas. Le confesaba mi pasión y le rogaba que me escribiera, aunque fuera para rechazarme. Igual. Ni una palabra. Finalmente, una tarde, apareció el padre. Estaba muy alterado y llevaba unas copas de más. El brazo inerte le daba un aspecto aún más siniestro. Traía todas las cartas que yo había escrito, atadas torpemente con una cinta y las tiró sobre mi escritorio. Cuando le pedí una explicación me contó que Anna se había ahorcado en su habitación. Me dijo que no tenía dinero para pagar el entierro y casi me exigió que se lo diera.
ALBERT Y usted se lo dio.

FRANZ
Naturalmente.

Pausa.

ALBERT
¿Y usted se siente responsable del suicidio de esta muchacha?

FRANZ
Estoy seguro de que podría haberlo evitado.

ALBERT
¡Pero no fue usted quien la embarazó!

FRANZ
Yo ni siquiera la toqué.

ALBERT
¿Y entonces?

FRANZ

Ella, evidentemente, trató de comunicarme su desesperación y yo no hice nada. Me preocupé más por el hecho de haber sido sorprendido en una situación comprometedora que por ayudarla.

ALBERT

(*Conciliador*). Bueno, usted hizo lo que pudo. Es indudable que esa muchacha padecía una gran depresión resultante, seguramente, del terror que le produjo el descubrimiento de su embarazo y no hay mucho que usted pudiera haber hecho contra eso.

FRANZ

Bueno, no es lo que piensa la policía.

ALBERT

¿La policía?

FRANZ

Hace una semana recibí la visita de dos inspectores. Vinieron a verme al Instituto.

ALBERT

¿Qué querían?

FRANZ

Nunca lo dijeron claramente. Se limitaron a hacerme preguntas y a transcribir mis respuestas en una libreta.

ALBERT

¿Qué clase de preguntas?

FRANZ

Obviamente querían saber de mi relación con Anna, pero no solamente preguntaban de eso. También querían saber de mi trabajo y de la gente que frecuentaba.

ALBERT

¿Y usted qué hizo?

FRANZ

Les respondí. ¿Qué hubiera hecho usted?

ALBERT

Probablemente lo mismo.

FRANZ

Después me pidieron que los acompañara a la comisaría, donde me hicieron esperar varias horas hasta que apareció un oficial con un largo documento que yo debía firmar. Aparentemente, era una transcripción de lo que yo había dicho durante el interrogatorio, pero estaba llena de inexactitudes y me negué a firmarlo.

ALBERT

Hizo usted muy bien.

FRANZ

El oficial me explicó entonces que era mi derecho negarme a firmar, pero que en tal caso, debería esperar ahí hasta que volvieran a interrogarme y que, debido a la cantidad de trabajo que tenían, eso podía tomar varios días. Quizás semanas. También me aclaró que hasta ese momento yo era, meramente, una persona de interés en la investigación, pero que si me negaba a firmar, me convertiría en sospechoso.

ALBERT

¡Pero es ridículo! ¿Sospechoso de qué?

FRANZ

Querían saber, por ejemplo, por qué había pagado por el funeral.

ALBERT

¿Y eso qué importancia puede tener? Es un gesto generoso, un acto de solidaridad con el dolor de una persona necesitada.

FRANZ

Usted puede entenderlo así, pero esa no es la lógica del sistema.

ALBERT

¿La lógica del sistema?

FRANZ

Profesor Einstein, si usted se propone vivir en este país por algún tiempo, deberá hacer un esfuerzo por comprender al sistema. Es un ejercicio que requiere despojarse del sentido común y aceptar que toda lógica es inservible. Aquí, en este rincón del imperio austro-húngaro, tenemos una Corte de Justicia pero nadie está seguro de quiénes la integran, ni dónde funciona, ni cuándo sesiona. Tampoco hay obligación de informarlo. Todo acerca de la Corte es secreto. Las peticiones deben presentarse por escrito pero nadie sabe quién las lee. Todos los documentos legales se archivan pero nadie sabe dónde ni la Corte está obligada a revelarlo. Los veredictos no se publican ni se difunden. Puede muy bien que usted haya sido encontrado culpable y solo se entere cuando la policía venga a buscarlo. Pero como la policía tampoco es informada

del motivo del arresto, uno nunca está seguro si está siendo arrestado como parte de una investigación o porque ya ha sido declarado culpable.

ALBERT
¿Pero entonces?

FRANZ
La culpa es el sistema. ¿No le parece una idea extraordinaria? No hay poder más formidable que la culpa. Un hombre culpable se vuelve tan maleable como la arcilla, tan ansioso por complacer como un perro. Las religiones antiguas se basaban en el temor. Temor a lo desconocido, a lo inexplicable. Pero el temor es manejable; la culpa no. La culpa nunca se expía. Esa es la sabiduría del sistema.

ALBERT
(*Abrumado*). Pero debe haber alguna regla.

FRANZ
Desde luego. La hay. Pero nadie sabe cuál es.

ALBERT
¿Qué hace uno entonces?

FRANZ
Se maneja por presunciones, por indicios, por rumores. Por ejemplo, la mera visita de la policía es una prueba cierta de culpabilidad. Mis colegas en el Instituto no me miran ya de la misma manera. Yo mismo, después de un rato, comencé a cuestionarme mi inocencia.

ALBERT
¿Por qué motivo?

FRANZ
Me he visto obligado a admitir ante mis inquisidores, que mi acto de pagar por el funeral de Anna no fue meramente un gesto generoso.

ALBERT
¿Y no lo fue?

FRANZ
Bueno, inicialmente, quizás. O quizás yo preferí pensar que lo fue. La pregunta es si yo hubiera aceptado pagar por el funeral de no haber pensado que alguna responsabilidad me cabía en su muerte.

ALBERT

¿Pero qué responsabilidad podría haber tenido?

FRANZ

Ya le dije: Anna estaba embarazada.

ALBERT

¡Pero no fue usted quien la embarazó!

FRANZ

Yo ni siquiera la toqué.

ALBERT

¿Y entonces?

FRANZ

Ese no es el punto.

ALBERT

¿Cuál es el punto?

FRANZ

Los policías no estaban interesados en saber si, efectivamente, yo había tenido relaciones sexuales con Anna. Como me aclaró uno de ellos, no estaban ahí para indagar en mi vida sexual. Lo que querían saber si podía probarlo.

ALBERT

¿Cómo podría probarlo? ¡La mitad de la población de Praga sería incapaz de probar una cosa así!

FRANZ

Ese es precisamente el asunto. La mitad de la población de Praga es sospechosa.

ALBERT

¿Dice usted que la prueba que lo que lo condena es haber pagado por el funeral?

FRANZ

Bueno, no solo pagué por el funeral: también hubo un pago anterior, como creo haberle mencionado.

ALBERT

El día en que el padre vino a pedirle dinero para un médico.

FRANZ

Exacto. De modo que tuve que reconocer que le había entregado dinero al padre de la víctima en dos oportunidades, sin tener una razón suficientemente

válida. Yo soy un empleado público y vivo con mis padres. Como comprenderá, mis recursos son limitados. La policía quería conocer el motivo de mi repentina generosidad.

ALBERT

¿Acaso la generosidad no es un motivo en sí misma? ¿Un acto de compasión por una persona que se encuentra atravesando una situación difícil?

FRANZ

La generosidad es siempre sospechosa, profesor Einstein, especialmente para la policía. Yo nunca había hecho antes nada parecido, de modo que no estaba en posición de argumentar que esa era mi conducta habitual.

ALBERT

¿Y cómo se enteró la policía de todo esto?

FRANZ

El padre me denunció.

ALBERT

¿El padre?

FRANZ

Él está convencido de que soy el responsable del embarazo de Anna y, en consecuencia, de su suicidio. Las cartas son la prueba irrefutable. (*Pausa.*) Además, hay un testigo.

ALBERT

¿Qué testigo?

FRANZ

Mi colega del Instituto, el doctor Samek, quien declaró habernos visto abrazados en el puente de Carlos. Contó que Anna lloraba desconsoladamente y que yo trataba de calmarla. Todo lo cual es verdad. Su testimonio es muy comprometedor.

ALBERT

(*Impaciente*)- Bueno, digamos que todo eso es cierto. Aceptemos, incluso, que usted hubiera tenido relaciones con esa muchacha...

FRANZ

¿Se da cuenta? Usted mismo ha comenzado a aceptar esa posibilidad.

ALBERT

Yo no la acepto. La uso como hipótesis.

FRANZ

La hipótesis es, fundamentalmente, una posibilidad, profesor Einstein. Usted lo sabe mejor que nadie.

ALBERT

Lo que quiero decir, es que aún sumados todos esos factores, nadie puede culparlo de su suicidio.

FRANZ

Nadie me culpa de nada. Todo cuanto me han pedido hasta el momento es que presente un escrito ante el juez.

ALBERT

¿Diciendo qué?

FRANZ

No lo sé. La policía me dijo que, oportunamente, sería informado.

Pausa.

ALBERT

Y el hombre ése, el del sombrero verde, ¿cuál es su rol en todo esto?

ALBERT

¿Usted piensa que el hombre ése del sombrero verde tiene algo que ver con todo esto?

FRANZ

Sin duda.

ALBERT

¿Quién es?

FRANZ

¡Quién sabe! Puede que sea un policía, o un informante de la policía, o un alguacil del juzgado.

ALBERT

¿No podemos confrontarlo?

FRANZ

Apenas vea que nos acercamos, se irá. Es lo que hizo cuando traté de hablarle en el puente de Carlos.

ALBERT

¿Y qué se propone? ¿Arrestarlo?

FRANZ

¡No, no! Nadie va arrestarme. Yo soy un abogado conocido en la ciudad y la policía no querría colocarse en una situación embarazosa. (*Pausa.*) Lo que quieren es una confesión.

ALBERT

¿Qué clase de confesión?

FRANZ

No lo sé. Tampoco ellos lo saben. En última instancia, el contenido de la confesión es irrelevante. Lo importante es provocar en el sospechoso el deseo de confesar. Esa es la belleza del sistema. La culpa se intensifica hasta que la necesidad de confesar se vuelve imperiosa.

ALBERT

¿Y qué sucede después?

FRANZ

Sucede que el deseo de morir se vuelve igualmente imperioso. (*Pausa.*) ¿Ahora comprende lo que trataba de decirle?

ALBERT

¡Pero usted no va a permitir que lo empujen a cometer una locura!

FRANZ

Si yo me resisto, otros también lo harán y el sistema se derrumbaría.

ALBERT

Precisamente.

FRANZ

Pero eso no es posible.

ALBERT

¿Por qué no?

FRANZ

La existencia del sistema es la mejor prueba de que no es posible.

ALBERT

No puedo aceptar que se entregue mansamente a esta locura.

FRANZ

Lo que usted y yo pensemos es irrelevante. El sistema es superior al individuo. Por eso la única rebelión posible es la muerte.

Repentinamente, FRANZ trepa al balcón y se sienta sobre la baranda, con las piernas colgando hacia afuera.

ALBERT

(Alarmado) ¿Qué hace? ¡Bájese de ahí!

FRANZ

No tenga miedo, no me propongo hacer nada dramático. Venga, profesor Einstein, siéntese a mi lado. Es una interesante perspectiva.

ALBERT se aproxima con desconfianza. Trepa sobre la baranda del balcón y se sienta al lado de FRANZ.

FRANZ

La gente en la plaza nos está mirando.

ALBERT

Nos hemos vuelto una curiosidad.

Pausa.

FRANZ

¿Qué pasaría si salto?

ALBERT

Probablemente se mataría.

FRANZ

¿Moriría antes de llegar abajo?

ALBERT

No. Pero seguramente moriría al golpear contra el suelo. Lo que mata es la desaceleración, cuando la caída se detiene abruptamente.

FRANZ

¿Sabe? No me da miedo morir. Creo que lo que verdaderamente me atemoriza es vivir. No sé cómo seguir viviendo. Los días se me hacen interminables. Despertar cada mañana y verme obligado a vivir un día más, a escuchar las voces familiares a través de la puerta, a llegar a mi oficina, a saludar y ser saludado, a sentarme entre expedientes amarillentos que cada día se

multiplican, a intercambiar trivialidades y sonreír ante la estupidez ajena. Créame, todo eso es más de lo que mi pobre espíritu puede resistir.

ALBERT

Nada justifica atentar contra la santidad de la vida.

FRANZ

¿La santidad de la vida? Escúchese. ¡Es usted un creyente disfrazado!

ALBERT

Doctor Kafka, permítame ofrecerle una breve lección de cosmología. Levante la vista por un momento. Mire usted el cielo. (*FRANZ lo hace*). ¿Cómo resistir la invitación a admirar y tratar de comprender lo que vemos? El universo es un espacio lleno de magia y misterio. Y nuestro minúsculo planeta y nuestra presencia en él, lo es aún más. Hay miles de millones de planetas ahí arriba, pero nadie ha podido determinar hasta el momento si existe vida en alguno. ¿No le parece un enigma extraordinario? ¿De dónde venimos? ¿Cómo hemos llegado aquí? Todavía estamos tratando de averiguarlo. Pero de lo que estamos seguros es de que fue necesaria una extraordinaria confluencia de casualidades para que la vida emergiera de la nada. Sabemos que todas las estrellas y todos los planetas tienen un origen común: un enorme caldo de gases y polvo. Pero la Tierra tuvo la suerte de aterrizar, cósmicamente hablando, en un lugar ideal: girando alrededor del sol en un círculo casi perfecto. El propio sol, por razones que desconocemos, se convirtió en el astro que es, a partir de una nube de gas y polvo. Nuestra vida surgió de una serie de reacciones químicas provocadas por el impacto de gigantescos meteoritos contra la superficie del planeta. Simples elementos como carbón, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno se combinaron para producir las primeras células vivientes. Hubiera bastado una mínima variación de la temperatura solar para que la reacción que encendió la chispa de la vida no se hubiera producido. La vida existió en este planeta por casi cuatro mil millones de años antes que una criatura remotamente parecida a un ser humano emergiera y luego serían necesarios otros millones de años para que el hombre evolucionara del mono. Usted, doctor Kafka, es probablemente uno de los ejemplares más excelsos de ese proceso evolutivo ¿y quiere echarlo a perder tirándose por el balcón?

ALBERT baja del balcón.

ALBERT

Discúlpeme, pero esta perspectiva me resulta un poco inquietante.

FRANZ

Usted parece tan seguro en su conocimiento que solo le deja al interlocutor la posibilidad de sentir admiración o envidia. Pero es justamente esa casualidad cósmica de la que usted habla la que convierte a todo el emprendimiento

humano en un viaje sin destino. El único sentido de la vida, profesor Einstein, es que tiene fin. De ahí nuestra culpa.

ALBERT
¿Cuál es nuestra culpa?

FRANZ
Tener ilusiones.

ALBERT
Dispéñseme de esa categoría. No es mi caso.

FRANZ
¿De verdad cree estar exento de culpa, profesor Einstein?

ALBERT
Bueno, nadie lo está completamente. Y en lo que a mí se refiere, puedo asegurarle que existe y que no es una carga liviana de llevar. Pero mi culpa no es existencial. Es personal. Por eso prefiero no hablar de ello.

FRANZ
¿Tiene miedo de parecer humano?

Pausa. ALBERT desciende del balcón. carga su pipa. La enciende. Exhala el humo.

ALBERT
Mileva y yo tuvimos una hija antes de casarnos. Lieserl. Así la llamamos. Según dicen, era una niña muy hermosa.

FRANZ
¿No la conoció?

ALBERT
No. Mileva fue a vivir con sus padres a Serbia, durante el embarazo, porque era evidente que, no estando casados, no podían vernos juntos. Yo estaba en Zurich, sin trabajo y surgió la posibilidad de este empleo en la Oficina de Patentes de Berna, así que decidimos de común acuerdo que una vez que naciera la entregaríamos en adopción porque, como se imagina, ninguna dependencia pública en Suiza me hubiera empleado en esas condiciones.

FRANZ
¿Y nunca llegó a verla?

ALBERT
Nunca.

FRANZ

¿Qué fue de ella?

ALBERT

Se enfermó y murió poco después de que la adoptaran. O por lo menos, eso es lo que me han contado.

FRANZ

¿Puede que aún esté viva?

ALBERT

Es posible. De ser así, tendría ahora nueve años.

FRANZ

¿No se propuso averiguarlo con certeza?

ALBERT

Esa es una de las grandes contradicciones de la conducta humana, doctor Kafka. Muchas veces dedicamos nuestra vida a explorar con audacia aquello que esta afuera de nosotros y en cambio, nos falta el coraje para averiguar lo que llevamos adentro. Yo acarreo conmigo esa falencia. Muchos de los que me conocen piensan que detrás de mi apasionado interés por la justicia social hay poco o ningún interés en las personas. Es posible que tengan razón. Yo, que me precio de navegar contra la corriente, sacrifiqué a la pequeña Lieserl en favor de las mismas convenciones que decía repudiar. Es un acto de gran hipocresía con el que estoy condenado a vivir. En algún momento de lucidez pienso que soy como un avestruz que entierra la cabeza en la arena para no percibir el peligro. Uno crea un pequeño mundo para sí, dentro del cual puede sentirse protegido, tanto como el topo debe sentirse en su madriguera.

FRANZ Uno puede protegerse de los sufrimientos del mundo, profesor Einstein. Pero quizás esa protección es el único sufrimiento que se puede evitar.

Pausa.

ALBERT

¿Es cierto que antes de que yo llegara estaba considerando tirarse por el balcón?

FRANZ

Sí.

ALBERT

¿Y por qué no lo hizo? ¿Por qué no saltó?

FRANZ

Porque usted empezó a tocar a Mozart.

ALBERT

¿La música lo hizo desistir?

FRANZ

El encuentro con la belleza es lo único que nos hace amar la vida. O quizás fue su teoría. Quizás el universo es, después de todo, un bloque sellado e inmodificable donde no existe el libre albedrío. (*Señala la plaza*). El hombre del sombrero verde sigue ahí. No se ha ido.

ALBERT

¿Qué hace?

FRANZ

Ha comenzado a moverse. Se pasea inquieto y mira el reloj con impaciencia. Debe pensar que pronto termina su turno y podrá volver a casa. Colgará el sombrero, se quitará el saco, se aflojará la corbata y su mujer le servirá la cena. Después leerá un rato el diario, producirá una sonora flatulencia, comenzará a cabecear y se irá a dormir hasta el día siguiente. Ahí tiene usted el milagro de la vida.

Pausa.

ALBERT

(*Toma a FRANZ por el hombro*). Venga, doctor Kafka. Entremos. Usted y yo tenemos por delante un gran trabajo que realizar.

ALBERT regresa al balcón y ayuda a FRANZ a hacer lo mismo.

En el interior del salón alguien comienza a tocar el "Liebesleid", de Fritz Kreisler. Van hacia la puerta del salón. FRANZ se detiene.

FRANZ

Espere...

ALBERT se detiene. Se vuelve.

FRANZ

Esa música...

ALBERT

(*Se vuelve*) ¿Qué tiene?

FRANZ

¿Se puede bailar?

ALBERT
Claro.

FRANZ
¿Cómo se baila?

ALBERT
Como un vals. El compás es un tres por cuatro. Es como contar uno, dos, tres. Uno, dos tres. Y así sucesivamente.

FRANZ
Enséñeme.

ALBERT
¿Ahora?

FRANZ
Sí, ahora. Más tarde no sé si tendré el coraje.

ALBERT, resignado, lo toma por la cintura.

ALBERT
Por ser la primera vez, voy a ser yo el que conduce.

FRANZ
(*Apoya su brazo en el hombro de ALBERT*). Lo que usted diga.

Comienzan a bailar.

ALBERT
Es muy sencillo. Sígame: uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

FRANZ
(*Repite*). Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

ALBERT
Si alguien nos ve, se va a formar una idea muy extraña de nosotros.

FRANZ
¿Qué puede ser más extraño que la existencia?

Siguen bailando. Mientras la música sube, las luces bajan lentamente.

FIN

Correo electrónico: diamentm@gmail.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace. Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2019)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar